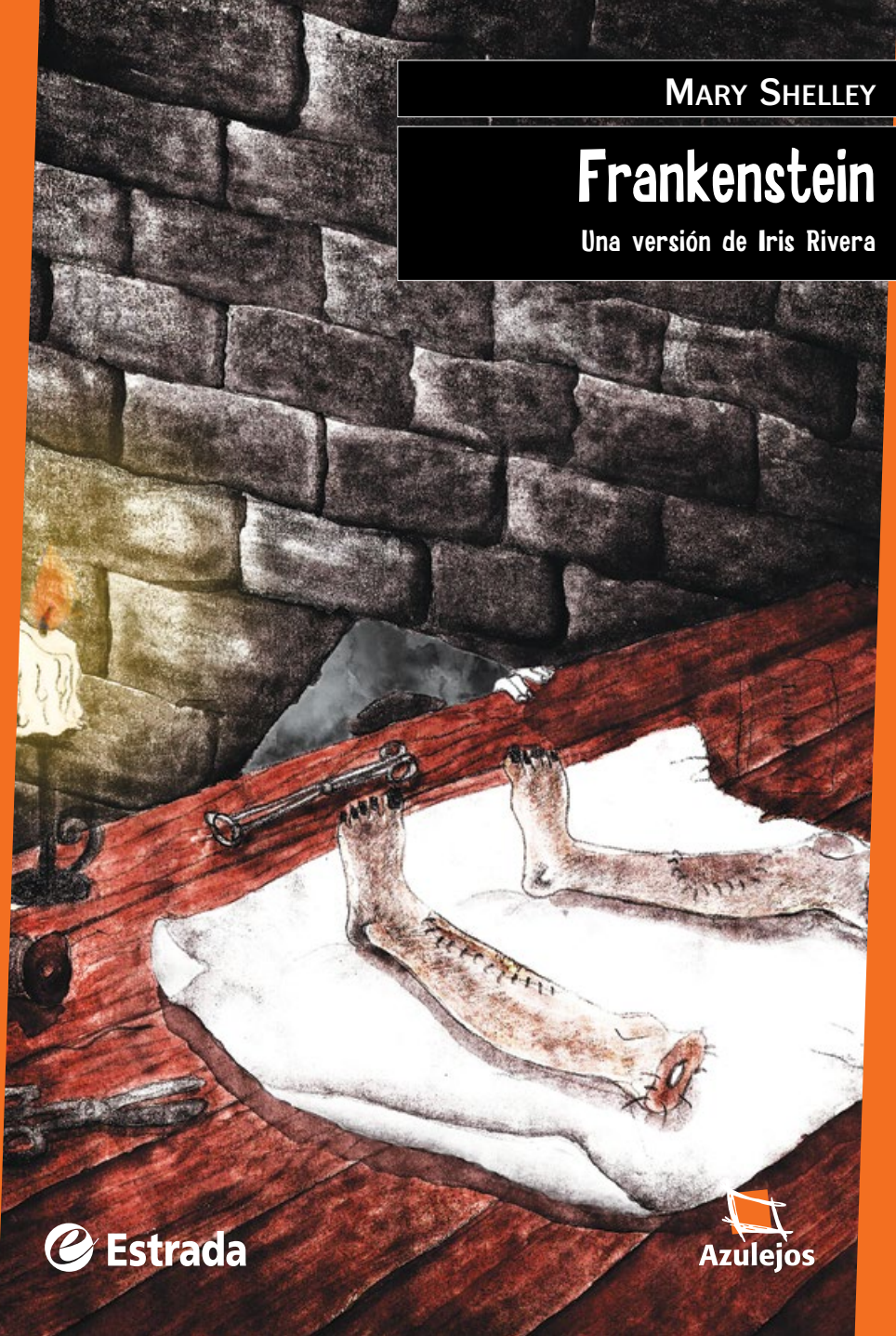


MARY Shelley

Frankenstein

Una versión de Iris Rivera



Frankenstein

Una versión de Iris Rivera
de la novela de Mary Shelley

ILUSTRACIONES
DE SANDRA BECCHIA



Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora: Florencia Carrizo

Coordinadora de Arte y Diseño: Valeria Bisutti

Diagramación: Silvina Álvarez

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez



Shelley, Mary

Frankenstein : una versión de Iris Rivera de la novela de Mary Shelley / Mary Shelley ; adaptado por Iris Rivera ; ilustrado por Sandra Becchia. - 3a ed. 2a reimp. - Boulogne : Estrada, 2015.

136 p. : il. ; 19x14 cm. - (Azulejos. Naranja; 1)

ISBN 978-950-01-1638-1

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Iris Rivera, adapt. II. Becchia, Sandra , ilus. III. Título
CDD 823



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

1

© Editorial Estrada S. A., 2014.

Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1638-1

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Tercera edición, segunda reimpresión.

Esta obra se terminó de imprimir en octubre de 2015, en los talleres de Editartodo Servicios para Editoriales S. R. L., Dr. Estanislao Zeballos 244, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina.

BIO- GRAFÍA




Mary Godwin Wollstonecraft Shelley (este era su nombre completo) nació en Somers Town (Inglaterra), el 30 de agosto de 1797. Era hija de la escritora Mary Wollstonecraft y del filósofo William Godwin.

A los dieciséis años conoció al joven poeta Percy Shelley, con quien se casó en 1816. Ese mismo año escribió cuatro historias de las que solo publicó dos: *Frankenstein* (1818) y *Valperga* (1819).

En 1822, partió con su esposo a Italia, donde enviudó. Su actividad literaria continuó con la edición de unos poemas que su esposo había escrito y con la publicación de *El último hombre* (1826), otra de las famosas novelas de Mary.

Pasó sus últimos años en compañía de su hijo Percy y de unos pocos amigos.


Murió en Londres, el 1° de febrero de 1851, a los cincuenta y tres años.



Esta versión de Frankenstein

Iris Rivera, la autora de esta versión de *Frankenstein*, escribió muchos libros para chicos y recibió varios premios por algunos de sus cuentos. Nació en 1950 y desde entonces vive en la localidad bonaerense de Longchamps. Heredó de su padre la inclinación a inventar historias, y de su madre, la pasión por la lectura. Se desempeñó como maestra de grado durante veintidós años.

Cuando le preguntamos por qué había decidido volver a contar la historia de Frankenstein, nos dijo: “Siempre me llamó la atención que, después de dos siglos, el monstruo de Mary Shelley continuara siendo famoso: está presente en películas, dibujos animados, historietas y ¡hasta caretas de carnaval! La verdad es que este relato habla de tantas cosas... Asusta, conmueve, hace pensar... Dejo la historia en manos de los lectores. Después de doscientos años, yo la cuento a mi manera, como si hubiese sido escrita ayer”.



Jugar a escribir

Mary Shelley escribió *Frankenstein* a partir de un juego. Sucedió así: en el verano de 1816, cuando Mary tenía diecinueve años, visitó con su esposo Percy la casa de vacaciones que Lord Byron, un poeta inglés amigo de la pareja, tenía en Suiza. Como el tiempo estaba horrible, pasaban muchas horas encerrados en la casa.

Para matar el aburrimiento, una noche, Byron propuso el siguiente desafío: ¿sería capaz, cada uno de ellos tres, de escribir una historia de terror? Inspirándose en un sueño que había tenido, Mary ideó una historia que se convertiría en su famosa novela.

Casi todos hemos oído hablar de Frankenstein, pero pocas veces recordamos que la novela se titula con el nombre del creador y no con el del monstruo. Gracias a la gran cantidad de lectores que desde su publicación ha sumado *Frankenstein*, el desdichado monstruo ha conseguido lo que su “padre” científico se empeñaba en negarle en la novela: un nombre, una identidad.



Frankenstein y Prometeo

Frankenstein es una novela que combina fantasía y terror con los más profundos sentimientos humanos: la felicidad y la desdicha, el amor y el odio, la soledad y la amistad.

El título completo de la novela es *Frankenstein, o el moderno Prometeo*.

Prometeo es un personaje de la mitología griega que moldeaba figuras de arcilla a las que daba vida. Según el mito, de este juego surgió el primer hombre. Hay otras versiones que presentan a Prometeo como un amigo de la humanidad, que roba el fuego a los dioses para regalárselo a los hombres y darles ventaja sobre los animales y las cosas.

Al igual que el personaje de la mitología, el doctor Frankenstein logra dar vida a un hombre en su laboratorio. Sin embargo, este experimento será el origen de su infelicidad en lugar de la gloria a la que aspiraba.

Frankenstein

Una versión de Iris Rivera
de la novela de Mary Shelley

Capítulo 1

Corría el año mil setecientos y pico cuando el capitán Walton partió con sus hombres, su barco y una idea fija: llegar al Polo Norte¹.

El Polo Norte nunca había sido explorado y nadie lo mandó y era bien difícil, por no decir imposible. Pero ahí está: cuando a algunos se les mete algo en la cabeza...

Cabeza dura, este capitán. Tan dura como el hielo que encerró al barco por los cuatro costados. Apenas quedaba libre el lugar donde flotaba. No se podía avanzar. No se podía retroceder. Témpanos, témpanos, témpanos. Los sesos del capitán quemaban pensando una salida.

En eso, ve pasar a lo lejos un trineo tirado por perros. El trineo llevaba rumbo Norte. Y lo conducía un ser con forma humana y tamaño gigante. ¿Un salvaje bajo cero? El capitán Walton lo siguió con su catalejo hasta perderlo de vista. Atrapado por el hielo, ¿qué iba a hacer? No podía correrlo.

¹ Llegar al Polo Norte había sido, durante muchos siglos, uno de los proyectos más arriesgados y aventureros de la humanidad, que se concretó por primera vez en 1908.

A la mañana siguiente, otro trineo aparece en el horizonte, pero este viene hacia el barco. Y no lo conduce un salvaje de los hielos, no. Es un hombre blanco, flaco, arruinado, hecho un trapo.

El trineo avanza lento, tirado por el único perro que le queda. Tarda mucho en llegar, pero llega. Y, cuando está junto al barco, el capitán lo quiere rescatar. ¿Pero qué hace el hombre que lo conduce? Pone condiciones. En medio de la más helada soledad, pone sus condiciones, ah sí. No piensa subir al barco sin saber adónde va.

El capitán le informa que hacia el Norte. Y, como casualmente parece que lo deja bien, acepta. Entonces lo suben pero, congelado hasta la lengua, tarda dos días en poder explicarse.

—¿Adónde iba usted, caballero? —pregunta por centésima vez el capitán.

—Iba... voy en busca de alguien que huye de mí.

—Huye de usted... ¿es un hombre?

—Sí.

—Espere... ¿Viaja en trineo?

—¡Sí!

—Caramba, entonces lo hemos visto.

¡Para qué! El recién descongelado se trepa a la baranda y por poco se tira del barco. Quiere ir tras ese demonio.

Entre varios marineros, a gatas lo pueden sujetar y, desde entonces, se pasa el día en cubierta, catalejo en mano y los ojos largos, tratando de divisar el trineo fugitivo.

—¿Cuándo partimos? —pregunta a cada rato—. ¿No íbamos al Polo Norte?

Íbamos... íbamos. Íbamos es un decir.

El barco está atascado. Pasan los días y nada.

En fin... con el tiempo, la confianza. Llega un día en que el capitán lo ve más tranquilo. Y apoyados los dos en la baranda del barco, le confía:

—Sabrá usted que daría mi vida por encontrar la ruta al Polo Norte. Quiero buscar, saber, descubrir. Quiero ser un gran hombre, servir a la humanidad. Quiero la gloria.

Cuando escucha eso, al otro se le paran los pelos, se tapa los ojos y empieza a llorar como un nene:

—¡Desdichado, desdichado capitán! Sufre usted de mi locura.

—¿Cómo dice?

—Desdichado, digo. Míreme bien. ¿Me ve? ¡Por Dios! Usted todavía está a tiempo...

Y llora otra vez y cae en cama con fiebre. Los nervios, en cortocircuito.